



# Las preciosas Margaritas

Juan Julio Fernández

*Danza de las Margaritas (1940). AGLP*

Escribí, en otro momento, que los años valían para medir la edad de las personas y los siglos la de los pueblos, Y así debió ser en Santa Cruz de La Palma desde que el conquistador eligiera su modesta rada como la mejor para el *desconfinamiento* —palabra otra vez de moda por razones bien distintas— y ubicar en ella el que habría de ser puerto para dar salida a la isla y puerta para dar entrada al resto del archipiélago, misión que ha venido cumpliendo durante más de quinientos años.

Al tiempo, en su entorno, algo constreñido por la montaña, se fue consolidando con elegancia y señorío, naturalidad y sentido práctico, el núcleo capitalino, uno de los de más abolengo de Canarias. El descubrimiento de América y los vientos favorables para la navegación a

vela hicieron que el puerto y la ciudad se incorporaran a la carrera de América y atrajeran a navieros, mareantes, inversores y negociantes que se asentaron en la isla para acrecentar sus patrimonios y gestionar sus intereses, comerciando con el Nuevo Mundo a través de La Habana y con el resto de España y Europa a través de Sevilla y de Amberes, decisión que fue favorecida por otra de Felipe II al instalar en ella el Juzgado de Indias. El desarrollo comercial, industrial, social y cultural fue evidente, y sobre todo este último, que acabó haciendo de La Palma en el siglo XIX la *Isla de la Ilustración*.

Pero algo, al margen de todo esto, cambió de manera no premeditada. En 1676 estaba *confinado* involuntariamente en La Palma el obispo D. Bartolomé García

Jiménez (1622-1690), quien en visita pastoral se vio sorprendido, cuando iba a partir, por la presencia de corsarios moriscos, *moros en la costa*, que le obligaron a prolongar su permanencia en la ciudad.

Esta obligada estancia vino a coincidir con la de la Virgen de las Nieves en la parroquia de El Salvador, adonde la habían bajado desde su santuario del monte en rogativa para que pusiera fin a la persistente sequía que asolaba a la isla y fue objeto de especial culto y veneración por sus habitantes, devoción que impresionó de tal manera al obispo que decidió que en adelante, a partir de 1680, cada cinco años la Virgen fuera traída ritualmente a la ciudad, decisión que hizo que desde entonces el tiempo, para todos los palmeros, presentes y ausentes, empezara a contarse en *lustros*, coincidiendo con los de las Bajadas.

La Bajada Lustral fue acogida con entusiasmo en toda la isla, que encontró una ocasión única para demostrar su especial fidelidad a la «Negrita». Y para la ilustrada comunidad capitalina significó un motivo para volcarse en la organización de los festejos que debían dar realce a su estancia en la ciudad, apelando a las aportaciones culturales que les facilitaba el suntuoso mundo barroco sostenido por la nobleza desde finales del siglo XVII y principios del XVIII y prolongado en el XIX, plasmadas en autos sacramentales y marianos, representaciones teatrales, loas, desfiles, danzas y coros musicales.

En 1980 se cumplieron los sesenta lustros —tres siglos— de la primera Bajada y la de 2020, que iba a ser la sesenta y nueve, ha tenido que ser suspendida por otro *confinamiento* —el provocado por la pandemia del coronavirus llegado de China— que ha obligado a rehuir aglomeraciones, algo nada fácil de llevar a la práctica en otras latitudes y difícil de entender por los natu-

rales de la isla, para quienes los años terminados en cero y cinco responden a algo más que a una manera de contar el tiempo.

Esta que iba a ser, como acabo de apuntar, la sesenta y nueve Bajada para la historia común y la número dieciséis para mí se ha convertido, en mi caso, en un dilema casi metafísico, difícil de abordar al pedirme que escriba sobre algo que no fue, sobre una «No Bajada».

El pasado vive en la memoria. El presente, cuando se suman años, corre más de prisa. Y el futuro, siempre impredecible, en presencia de una pandemia como la que nos amenaza, se antoja más incierto que en otras ocasiones y nos mantiene desorientados. Y como escribió Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984), si siempre el pasado empuja a lo por venir, en este caso es obligado recurrir a él. Dicho de otra forma, para hablar de algo que no fue, hay que echar mano a la memoria, de lo que ya no está, pero que sigue viviendo en cada uno de nosotros.

A la mía, lo primero que me vino al recibir el encargo fue la *Danza de las Margaritas*, que sólo se presentó en la Bajada de 1940, la primera después de la guerra civil y la primera también de la que guardo memoria.

Memoria con muchas imprecisiones, pues la viví con cinco años de edad de mano de mis tías, a la sazón estudiantes de bachillerato, y creo —con todas las connotaciones— estar por primera vez de noche en un acto público, que vi desde las escalinatas de la iglesia de Santo Domingo, aunque en la programación de mano de la época se dice que la primera representación tendría lugar en la Cruz de Tercero, aldeaña a La Alameda. Aunque he intentado clarificarlo, con la información que he recibido no lo he podido concretar.



Programa de mano de la Danza de las Margaritas (1940). AGLP

Se anunció en programas de mano con el Diálogo entre el Castillo y la Nave, la Loa, la Danza de Enanos con un coro de doctores que se transforman en Enanos (*sic*) y la Danza Infantil Coreada (Margaritas), esta con letra de José Lozano Pérez (1890-1951).

Sólo se representó en ese año, concretamente el 3 de julio de 1940; la parte cantada se componía de un coro inicial, nueve estrofas y un aria final, todos cuartetos octosílabos; y no está muy claro el motivo de su supresión en sucesivas ediciones posteriores.

Terminada la guerra civil en 1939, pudo haber sido por motivos políticos, pues los requetés llamaban *margaritas* a sus mujeres en recuerdo de la reina Margarita

de Borbón-Parma, mujer del rey carlista Carlos VII, y en el año 1940 esta referencia pudo dar pie a su eliminación. No parece ser esta la intención del letrista, que ya en el coro inicial proclama que a la Virgen de las Nieves «cantan divinas plegarias / las preciosas margaritas». Pero no cabe descartar que en las depuraciones políticas del momento se barajaran sutilezas difícilmente comprensibles en momentos actuales.

De mi primera Bajada en 1940 salto a otra, cuarenta años después, en 1980, la Bajada del «tercer centenario», a la que asistí como diputado nacional de la primera legislatura constitucional y en la que algo tuve que ver con la venida del ministro de Cultura, Ricardo de la Cierva

Las primeras Bajadas las viví desde el *monte*, las posteriores en la *ciudad* y las últimas desde *fuera*, pero todas han dejado señales indelebles en mi andadura vital

(1926-2015), y con la actuación del Ballet Clásico Nacional dirigido por Víctor Ullate en la plaza de Santo Domingo el 4 de julio. También vino Eduardo Punset (1936-2019), ministro para las Relaciones con las Comunidades Europeas, que vivió la Danza de Enanos con intensidad y entusiasmo abandonando el sitio que le habíamos asignado en las escalinatas y yendo a sentarse en el suelo, junto a la pista y cerca de la caseta, ansioso por descubrir el secreto de la transformación de la que tanto le habíamos hablado.

He hablado de mis Bajadas más relevantes, porque no he faltado a ninguna de las que han coincidido con lustros de mi existencia. Suspendida la del año pasado, entra en lo probable que no tenga ocasión de vivir otra o, por lo menos, vivirla con la entereza del momento actual. Y así perder inevitablemente una ocasión de responder a una llamada que nos convoca como un talismán a todos los que hemos nacido en la isla y a muchos de los que han pasado por ella.

Las semanas chica y grande son quince días intensos en los que a los actos y festejos programados hay que añadir los encuentros y reencuentros, todos cargados de ilusión y sobrados de emoción. En particular la calle Real, del Muelle a La Alameda, no sólo —aunque suene a

tópico— se convierte en la más larga del mundo por lo que se tarda en recorrerla, sino en un hervidero de saludos y abrazos de gente que, viviendo en la isla o viniendo de fuera, quiere verse y encontrarse, sin perder, sea de día o de noche, números clásicos y más formales como los Acróbatas, el Minué, los Enanos, el Carro o la Loa u otros más espontáneos como los Gigantes y Cabezudos o la Pandorga, por citar los que recuerdo.

Nacemos para vivir y, con viento a favor, pasan fugaces años de una peripecia vital que es de cada uno y de la que se es consciente de que tiene final. De ahí que haya que apurar el presente y recordar lo mejor del pasado. Personalmente he amado y he sido amado y he conseguido más de lo que pude pensar. He tenido aciertos, he cometido errores, tengo amigos y sin duda enemigos, estos sin haberlos buscado conscientemente. Vida vivida.

Nací en La Dehesa, muy cerca del santuario de Las Nieves, y mis primeros amigos se repartieron entre hijos de campesinos y de la burguesía capitalina, los veraneantes. Las primeras Bajadas las viví desde el *monte*, las posteriores en la *ciudad* y las últimas desde *fuera*, pero todas han dejado señales indelebles en mi andadura vital, al igual que el bachillerato, que cursé en el viejo instituto de la calle Real, donde recibí una excelente formación de buenos profesores, algunos confinados por repercusiones políticas, pero que encontraron en la isla un elevado nivel y un alto interés cultural.

Al final, en La Palma será, cuando llegue la hora del último balance, donde menos habré vivido. Pero soy consciente de que si he podido dar alguna sombra como árbol que haya podido llegar a ser, se deberá, sin duda, a que mis raíces están bien hincadas en la *Isla Bonita e Ilustrada*.